

El IEFC expone la obra de este excelente fotoperiodista andaluz y catalán

Reivindicación de Joan Guerrero

Arte y artes

JUAN BUFILL



Gracias al documental de David Aiob *La caja de cerillas* (2014) descubrí que la vocación fotográfica de Joan Guerrero surgió ya en su infancia, en las playas de su Tarifa natal. Este excelente fotoperiodista andaluz y catalán, nacido en 1940 y afincado desde su juventud en Santa Coloma de Gramenet, se inició en el arte del encuadre siendo niño. Y no con una cámara real –pues entonces no la tenía–, sino con una caja de cerillas, que entonces era para él una cámara fotográfica, con la que intentaba retratar el fuerte viento, junto al mar. Qué lástima que ahí no hubiera película, que aquella cámara infantil fuese solamente imaginaria y que ahora aquellos encuadres de viento sólo los podamos imaginar.

La exposición que el Institut d'Estudis Fotogràfics de Catalunya (IEFC) dedica a Joan Guerrero era necesaria y, como todo lo bueno, daganas de más. Sucede que en nuestro país, por rutina programadora, se dedican muchas exposiciones a autores cuya obra es ya bastante conocida. En términos fotográficos, se podría decir que hay autores que se acercan a la sobreexposición, mientras que otros igualmente válidos son relegados a un oscuro olvido negativo, como imágenes que aún no han sido reveladas. El caso de Joan Guerrero es frecuente en el contexto catalán: un fotógrafo admirado por sus colegas –en este caso, especialmente por los mejores fotoperiodistas de las generaciones más jóvenes, como Samuel Aranda y David Aiob–, pero todavía poco conocido por un público amplio, simplemente por falta de difusión internacional y local.

Los comisarios Eduard Bertran y Carles Costa han seleccionado unas sesenta fotografías, todas en



'Amazonia, Ecuador, 1998'
Una de las fotografías de Guerrero.

JOAN GUERRERO

Como en su día Colom o Biarnés, Guerrero fue relegado a un olvido negativo, como imágenes no reveladas

blanco y negro y en copias de autor. Y la muestra que presenta el IEFC –en el recinto de la Escola Industrial de Barcelona, hasta el 20 de noviembre– deja bien claro que Joan Guerrero merece un rescate como hace años lo merecieron Joan Colom y Joana Biarnés. Es un fotógrafo humanista, en la línea de Henri Cartier-Bresson, W. Eugene Smith, Robert Doisneau y

Sebastião Salgado. Sin embargo, creo que es con Eugeni Forcano con quien sintoniza más profundamente, hasta el punto que el retrato preferido de Guerrero –de un hombre de El Salvador, con la mirada introvertida, cansada y quizá ciega– se parece al favorito de Forcano, *La mirada insondable* (1963).

La emigración es uno de sus temas fundamentales, y ello se aprecia, por ejemplo, en la panorámica *El Rocío, riu Besòs, Montcada, juny, 2001*, donde una fiesta andaluza parece una isla irreal rodeada por un campo de hierbajos. Esta temática se encuentra en fotografías callejeras como *La Rambla del Raval, Barcelona, octubre de 1999*, donde la capital catalana parece

un barrio de Beirut tras un bombardeo, poblado por mujeres musulmanas de aspecto medieval, como las antiguas monjas católicas. Pero Guerrero muestra la cara más luminosa de los “nuevos catalanes” del siglo XXI en una instantánea protagonizada por dos adolescentes de distintas etnias, disfrazados, vitales y riendo (*Barcelona, juny, 1998*). Otra imagen, de unos enamorados besándose en un lugar urbanísticamente desastroso, remite al cine de Pasolini. Sin embargo, Guerrero no idealiza al proletariado. Sencillamente, le gusta la gente, al menos cierta gente sencilla y no avasalladora. Por ejemplo, una madre ecuatoriana que cuida a su bebé, o un padre –o eso parece– que juega

con su hijo al fútbol, en un año 2014 que podría ser 1972 o cualquier año no remoto, en un descampado de Santa Coloma de Gramenet, no diseñado, pero mejor que una elegante plaza dura.

Para entender el sentido de la obra de Joan Guerrero puede ser útil saber que el arco de personas que ha querido retratar abarca desde el obispo verdaderamente cristiano Pere Casaldàliga hasta el tremendo ácrata Albert Pla, y que dos de sus películas favoritas son *Los 400 golpes*, de Truffaut, y *Los olvidados*, de Buñuel. Pues bien: no hay dos sin tres o cuatro, y las fotos de Guerrero me recuerdan también a *Le Havre*, de Aki Kaurismäki, y a *La piel quemada*, de Josep Maria Forn.

CRÍTICA DE ARQUITECTURA

Crear y crear

LLÀTZER MOIX

Codos de tubería, interruptores, fragmentos de viga, loseta o cable, también simples cascotes, integran los dos plafones colgados frente a los lavabos del restaurante Mo de Movimiento. Estos residuos, generalmente sin otro destino que el contenedor, quedan aquí expuestos con dignidad arqueológica, como se exhibían espadas, sables o floretes en las panoplias de armas. Acaso porque han sido las armas usadas por el diseñador Lucas Muñoz para dar vida a este nuevo restaurante de mil metros cuadrados abierto en el antiguo Teatro Espronceda de Madrid, cuyos materiales fueron profusamente reutilizados.

Son muchos los creadores que persiguen en sus obras el certificado de sostenibilidad y luego se ufanan de él. Pero son pocos los que, como Muñoz, se lo trabajan con creatividad y gracia. Muñoz no solo

cree en la necesidad de actuar así, sino que además sabe crear con este propósito.

Casi todo es sorprendente, bienhumorado y responsable en esta obra. Empezando por el tirador de la puerta de acceso al local: un manajo de cables procedentes del derribo del teatro –o de los estudios de grabación que ocuparon después la finca–, limpiados, cortados uno a uno hasta cumplir su nueva función colectiva.

Nada más entrar, a mano derecha, destacan dos hornos semiesféricos cerámicos para pizzas, en cuyo interior hay un sistema de tuberías, que aprovechando el calor calientan un circuito de agua que luego se ramifica por el local, llenando serpentinas que funcionan a modo de radiadores. El sistema de refrigeración no es menos ingenioso: una decena de grandes vasijas de terracota colgantes del techo, equipadas con agua y un ventilador en su boca superior, que mediante una potenciación del efecto botijo consiguen ba-



Sistemas de refrigeración e iluminación

Restaurante Mo de Movimiento

Diseñador: Lucas Muñoz

Ubicación: Madrid. Calle Espronceda, 34

jar la temperatura veraniega hasta –dicen– quince grados. También cuelgan del techo unas estructuras piramidales de madera, a las que se han atado con sogas fluorescentes reutilizadas, en funciones de lámpara.

Las sillas y mesas han sido fabricadas con restos de las tablas del escenario teatral. Los bancos del comedor exterior, con cerca de dos toneladas de cascotes, triturados, moldeados y convertidos en losas de terrazo casero. Hay también lámparas hechas con tuberías de cobre o de PVC. Hay aparatos refrigeradores exteriores, un cerramiento levadizo de vidrio que varía la geometría del local. Y hay un rústico lavamanos de ladrillo en los aseos, con hechas de abrevadero, grifos a pedales, la inclinación adecuada y un sumidero esencial e ingenioso.

La sucesión de elementos diseñados por Muñoz y su amplio equipo, que persiguen la sostenibilidad, recurren al reciclaje y combinan tradición e inventiva, justificaría ya la visita a esta obra donde el trabajo de diseño alcanza intensidad y dimensión arquitectónicas. Pero es que, además, la comida del Mo está rica.